

junto a mi, me turba y me conmueve. Bajo la densa luz solar, brota la transparente linfa, tímidamente, como pienso que deben brotar los ojos de agua en el desierto. Produce al caer sobre el pasto, un rumor de hojas secas que se quiebran y se adivina en el corazón de la tierra el tardo movimiento de la germinación».

La emoción de la naturaleza pasa aquí a través del sentimiento del hombre que piensa y oye latir su corazón. No es la pagana actitud del hombre que se embriega y goza únicamente para sí, la exaltación que lo sacude. En esta forma la impresión es más honda en su significado y en su trascendencia humana. Y admiremos ahora toda la esencia poética de estas dos líneas:

«Amanecer: Concierto de campanas en la ciudad y de canarios en los patios, sobre la frescura de las macetas».

Admirable poder de síntesis que no excluye los matices sentimentales ni la gama de sugerencias y colorido. Así en la gracia fina de esta estampa pueblerina, dignificada por el arte:

«¿Fanatismo? Sin duda; pero que grandes virtudes delatan la heroica conducta. A mi me pareció grande y ejemplar la fe de la preciosa muchacha de veinte años aproximadamente, que iba a pie y descalza por el polvoroso camino que conduce a Zapopan—población situada a tres leguas de Guadalajara—a «pagar una manda» bajo el sol del mediodía, junto a un hombre que la cubría con una sombrilla. La planta de sus pies menudos dejaban sobre el polvo del camino una huella apenas perceptible. Se hubiera creído una cración en marcha».

Un bello libro que tendrá vida permanente y que honra la literatura de un país.—LUIS DURAND.



<https://doi.org/10.29393/At184-14LAFS10014>

LATITUD, por *Luis Merino Reyes*.—Editorial Nascimento.  
Santiago. 1940

Desde que publicó su primera obra «Islas de música», 1936, hemos seguido de cerca la producción poética de Merino

Reyes. Y nuestro interés se explica porque observamos en él las características de un poeta que iba tras el dominio de su propia voz. Por lo demás, «Islas de música» no fué un libro que pasara desapercibido por nuestro ambiente literario. Hubo artículos halagadores, palabras de elogios para algunos de sus poemas que señalaban indiscutible valor, se encontró, pues, en Merino Reyes, condiciones animadoras y se le vió porvenir que luego han confirmado sus últimos libros.

En 1938, lanzó «Lenguaje del hombre», poemario que denotó retención lírica, y a la vez dominio expresivo. «Islas de música» fué una poesía hecha a base de sensaciones, de imágenes transparentes que en asociación despertaban armonías y sugerencias intensas. «Lenguaje del hombre» fué de menos valor lírico, sin duda, porque encauzó su voz hacia la exactitud, dejando inmóvil la fuerza emotiva, por la perfección de la estructura.

Después de estas dos obras, Merino Reyes, ha seguido escribiendo, luchando, digamos, por conseguir una expresión más de acuerdo con sus voces internas. Hemos visto romper poemas con la misma facilidad con que fueron escritos. La autocrítica que notamos en Merino Reyes es poco común entre nuestros poetas jóvenes. Así, desechando unos y conservando otros nos da ahora «Latitud». En esta «latitud» lírica vemos los caracteres de «Islas de música» y de «Lenguaje del hombre», o sea, se han unido a la sugerencia que despiertan los versos, las imágenes y símbolos a cierto sentido profundo de las cosas: lo sentimental y la libre expresión a la madurez y precisión de su pensamiento. «Latitud», no es un libro fácil ni superficial. Hay pureza, conocimiento íntimo, personalidad. A veces llevado por algunos motivos, el poeta logra obscurecer la idea, y quedan flotando inaccesibles metáforas e ideas en profundo secreto, su poesía se vuelve difícil, pero siempre expande una verdadera claridad lírica. Un fragmento de «Hombre del mundo» servirá de ejemplo:

«Que tu divinidad manche tu sueño extraño,  
y en la invencible zona se oiga tu canto diestro.  
Hombre del mundo, absorto, tremendo y sucesivo,  
sólo es verdad la espiga pura de tu nobleza.

Y cuando te aprisione la inmortal marea,  
abre tus ojos altos a la forja de lo increíble.  
Llevas sobre el destino tu voluntad y tu odio,  
tu llama clara de épocas, tu espada fresca de sueños».

Hay otra faz en Merino Reyes, bastante distinta; la sencillez y la claridad, y esto sucede cuando su canto nace frente a la naturaleza que le sirve con sus miles motivos, entonces su poesía es de suavidad, tersura y sencillez. Ahí están los poemas «Egloga», «Paisaje» y su magnífico, denso y cálido «Himno» a la tierra chilena, compuesto de 20 estrofas, en que el lirismo no decae y se sostiene puro. La composición técnica es perfecta, tal vez sea el mejor de los poemas. El comienzo puede dar una idea de su valor:

«En el pausado litoral de espuma y sueño,  
se levanta el marino porvenir de mi patria  
con un rictus de piedra sencilla y solitaria».

Hay otro gran poema; diminuto en cantidad de estrofas, pero valioso. Encontramos agilidad, *El Río*, es una canción fina, un cuadro sin misterio, pero de sombras finales y de inquietud:

«Por aquí, por aquí,  
en donde el río  
bate sus alas  
de esplendor cautivo.

En donde el aire  
de la noche alarga  
su lenta ronda  
de extenuado signo.

Alzo mi sueño  
miserable y puro;  
lame mi placidez  
un goce líquido.

La inmensidad oprime  
la atmósfera de ceniza.

Unos vagabundos  
columpian  
sus sombras alegres».

Otra faz en Merino Reyes: la poesía amorosa. Frente a la mujer que ama su canto se vuelve melodioso y lleno de gozosas ternezas. En «Símbolo» la llama: «Brizna de sol y de asombro lirio», en «Conocimiento» es «¡Oh rosa pura situada al centro de los pequeños afectos». En «Sabiduría» dice:

«Bien sabes que la vida se agrupa en torno de algo,  
y en la quietud amarga de las horas burguesas,  
emerges como un puro señero de milagros,  
extasiada en la sombra vital de mi tristeza».

Otra faz del poeta, es su continua introspección. En algunos poemas expresa su posición de hombre civil, en otros su ubicación de amoroso y en otros se sitúa como poeta dentro del tiempo. Rasgos estos difíciles de hallar en otros autores. Merino Reyes conoce su trayectoria lírica y bien sabe el lugar que le corresponde. No hay ambiciones en el poeta, no hay dobleces.

que manchen su voz ni absurdos para su ruta. Seguirá siendo lo que es, un poeta sin sensiblería, sin crueles adaptaciones, un poeta digno de considerarse entre los mejores de la actual generación chilena.—F. S.



PICHAMÁN, Cuentos por *Leoncio Guerrero*:—Ediciones Yunque. Santiago, 1940.

De Pichamán, un bello rincón maulino, ha extraído el autor de estos cuentos, la savia vital que les infunde fuerza y expresivo colorido. El libro se inicia con una descripción del paisaje del Maule, ese mismo paisaje que Mariano Latorre, ha descrito en sus obras con morosa delectación y le ha servido de escenario a la mayor parte de sus Cuentos.

Ahora Leoncio Guerrero, ubica sus personajes, en otro rincón del Maule, y aunque los hombres y la tierra es la misma que en sus cuentos de ambiente regional, ha tratado Latorre, encontramos en este autor que debuta con este libro, la novedad de un temperamento distinto para enfocar el objetivo y saturarlo de su emoción. En Guerrero la visión de la naturaleza tiene una expresión más íntima, más próxima y quien sabe si más cordial por la efusión con que la describe:

«Cerros, cerros, cerros divididos en dos grandes piños, por la huasca azulada del río. Inútilmente busca la vista un remanso de tierra. El sol, eje del paisaje, estruja las horas con la ferocidad de un medio día de verano. Una chicharra canta desde el proscenio de una sombra. El silencio crece, se expande, se acurruca, entre las viñas, se recuesta en los sandiales. La flauta eglógica de un pastor rústico pasa la mano de su melodía por las lomas hipnotizadas. Es una interpretación del momento, de la tierra, de la vida sencilla. Es una música que estiliza el cantar del arroyo, el quejido gutural de las tutas, el breve aullido de los zorros o el grito cavernoso de los hombres».